



# El blog de Lucio

Aurelio del Pino González (texto e ilustraciones)

## **Domingo 27 de julio**

He empezado a escribir este blog en espera de que a alguien le interese algo sobre mí y quiera compartir mis reflexiones y experiencias.

Me llamo Lucio; no es un nombre corriente, pero tampoco sorprendente o extravagante. Quizás algo anticuado. A decir verdad, yo era el único Lucio de mi clase, bueno, quiero decir del colegio... para ser honesto no he conocido a ningún otro Lucio de mi generación. De hecho, el único Lucio que había en mi pueblo, era Don Lucio, un venerable anciano, 60 años mayor que yo y que además no era familia mía, cosa extra-

ña, porque en Villadelcampo casi todos éramos familia, más o menos cercana. Don Lucio, “el viejo”, ni era primo o tío de mi padre, ni de mi madre, ni tan siquiera tenía conmigo esa lejana relación de consanguinidad o afinidad que nos permitía calificar a algunos con la categoría de pariente.

No me puedo quejar, Lucio es un nombre eufónico, tiene una sonoridad contundente acompañando a mi apellido: Torregolosta. De hecho, esta combinación de nombre y apellido me ha abierto durante mucho tiempo grandes posibilidades en el mundo profesional. A la gente le cuesta trabajo aprenderlo, pero luego resulta

imposible olvidarlo. Tan sólo he tenido algún problema con los franceses e ingleses con los que me he relacionado en los últimos diez años, que trataban a toda costa de buscar circunloquios para evitar pronunciarlo y buscaban un encuentro directo o fortuito para dirigirse a mí con un simple “Sir” o “Monsieur” o el mucho más enrevesado “...mon cher collègue espagnol”. No sucedía así con los técnicos italianos, a los que me encantaba oír pronunciarlo todo seguido: “Luzziotorregolosta”; con esa musicalidad y cambios de tono característicos, enlazando unas palabras con las otras, que hacen del italiano un idioma cantado sin partitura. De broma, siempre decía a mis amigos Fabricio y Paolo que la ópera italiana, el “bel canto”, no tenía ningún mérito por sí misma, que era tan fácil hacer música en italiano que el verdadero autor de cada obra era el redactor del libreto, Verdi, Donizetti, Leoncavallo, Puccini..., no han hecho más que rellenar e instrumentar lo que sólo leído ya estaba cantado.

Volviendo al asunto de mi nombre, tan sólo lamentando una cosa, haber hecho desprecio a la familia de mi madre. Sí, efectivamente, he ninguneado a los Gómez. Nunca he querido incluirlos en mi tarjeta de visita y a veces ni me he acordado de ellos al cumplimentar los formularios o papeles más “oficiales”. Si mi madre me hubiera visto en tantas y tantas ocasiones decirle a mi secretaria: “...por favor, quítame el Gómez de este escrito...”, se habría indignado. Hubiera sido normal su enojo, en Villadelcampo yo siempre he sido un Gómez. Las casas más importantes del pueblo son de los Gómez, los nombres de las calles, las plazas o las pocas efigies o placas conmemorativas que hay en el pueblo siempre tienen un Gómez por alguna parte. Mi madre llevaba muy a gala y con mucha honra su “ilustre” apellido, lo que le servía para mantener una altivez y una cierta distancia con los clientes cuando ayudaba a mi padre en la pescadería.

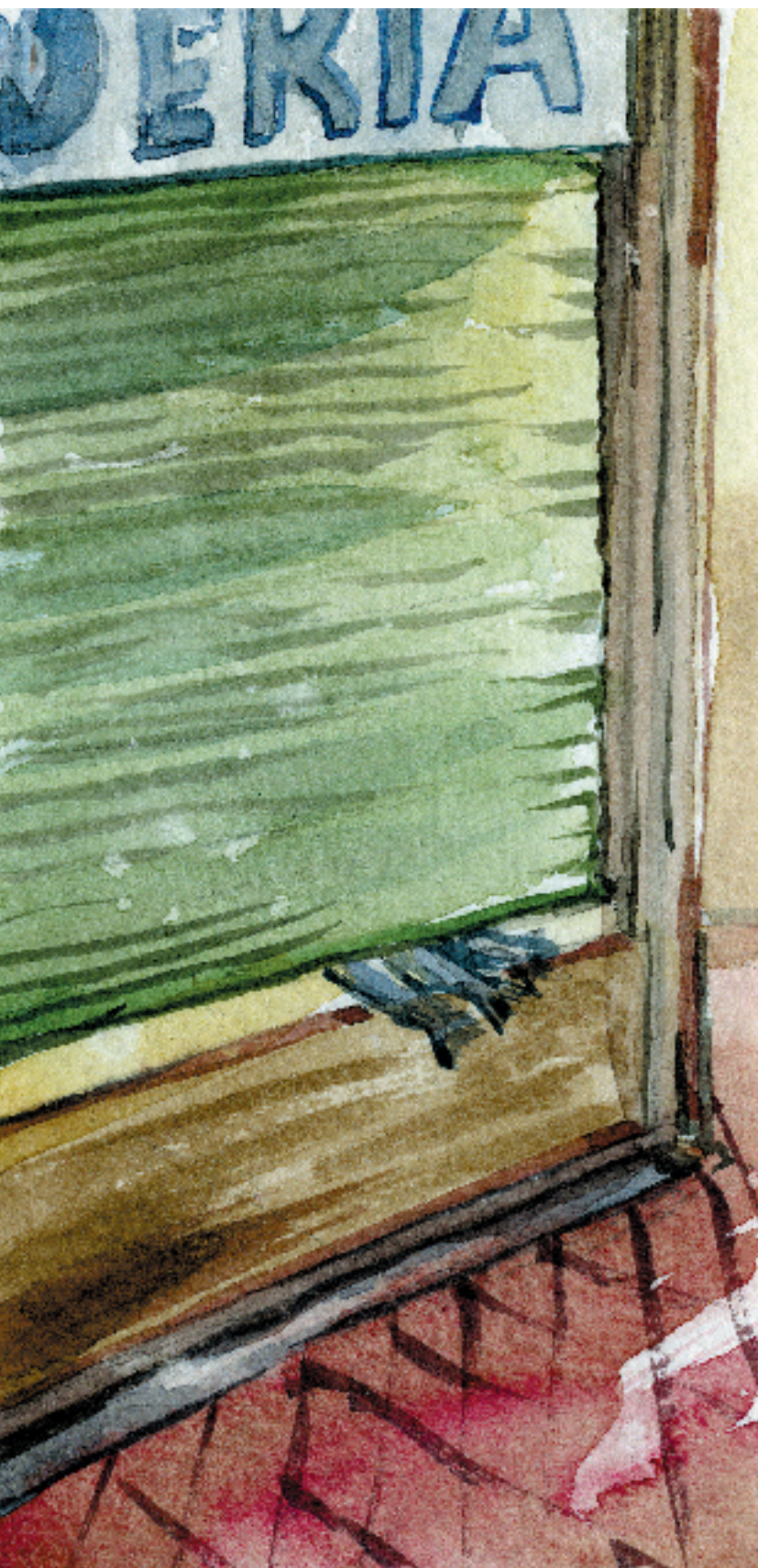
Mañana sigo...

*Sin comentarios*

## Lunes 28 de julio

Mi abuelo –por parte de Gómez– nunca había visto bien que mi madre, su hija preferida, decidiera casarse con el hijo del pescadero del pueblo. A mi abuelo le quedaba muy poco de qué presumir y a lo que aferrarse; salvo algunos muebles u objetos antiguos de cierto valor (heredados de ilustres antepasados) que conservaba con orgullo y su apellido, no había nada que le distinguiera de la “gente corriente” del pueblo. Tres o cuatro generaciones fecundas (desde el punto de vista de las estadísticas de natalidad) habían atomizado los patrimonios hereditarios de los Gómez del siglo XIX, ilustres próceres de la comarca, de manera que los bienes raíces de mi abuelo se limitaban a unas pocas hectáreas de secano y una pequeña casa solariega. Una administración rigurosa y la suerte de no haber tenido que hacer frente a ninguna gran adversidad habían permitido que mi madre y sus hermanas se siguieran codeando con los descendientes de los Gómez menos fecundos. De hecho, la única función de mi abuelo en esta vida, tras la de engendrar una masiva prole, era la de administrar, la de decidir día a día cuánto dinero se podía gastar en la casa y la de procurar sumar un nuevo Gómez a la familia de sus descendientes. No se había tomado nunca la molestia de buscar trabajo o estudiar para hacerse un próspero profesional o montar un negocio. De joven y adolescente siempre pensó que su función en este mundo era tan sólo la de ser un Gómez y comportarse como un Gómez. El noviazgo, el matrimonio, la guerra, los hijos, la posguerra fueron llegando tan seguidos como el agua que cae de los canchilones de una noria, sin que le diera tiempo a replantearse su función en esta vida. El único gran revulsivo que sufrió y que le obligó a observarse a sí mismo en el tiempo y en el espacio fue el anuncio de mi madre de casarse con el hijo del pescadero.

El nombre de Torregolosta siempre evocaba el olor del pescado en Villadelcampo. Puede que



el primer Torregolosta que llegara al pueblo, no se sabe cuándo (en la familia de mi padre a nadie le ha importado más que el reino de los vivos), fuera de aquellos maragatos que bajaban por las rutas de Castilla transportando en sus recuas de mulas las salazones y los pescados capturados en las costas de Galicia. Es posible que, una vez en Villadelcampo, decidiera dejar aparcada su vida de nómada para echar raíces en la meseta junto a alguna villacampina. Estas sólo son suposiciones más, ya que no hay más Torregolostas en la comarca que nosotros y además tenemos un sello especial: hay unos rasgos angulosos en nuestros genes, que nos brotan en la adolescencia a los varones de la familia y nos marcan la nariz, los pómulos y el mentón con una rotundidad y autoridad que no se repiten tampoco en la comarca. Una vez, en uno de los que llamábamos “intermedios lúdicos” de una larga jornada de trabajo visitando los supermercados de la Toscana, hicimos una breve incursión en el Museo de San Marco. Allí, ante el retrato de Savonarola, dije a Paolo y Fabricio que me acompañaban, aparentando una certidumbre que casi les lleva a creerme, que Savonarola también era maragato como yo. Sin apenas haber visto más que algunas borrosas fotos de los años 60, estoy convencido de que el “perfil maragato” de mi padre hechizó a una joven Herminia Gómez hasta el punto de rebelarse contra la autoridad de su padre, mi abuelo.

Bueno, creo que hasta aquí ya está bien hablar de mi familia. Nunca he olvidado quién soy y de dónde vengo. Puede ser el motivo por el que siempre que empiezo a hablar de algo personal empiezo a divagar sobre mis raíces.

Mañana sigo...

*Sin comentarios*



### **Martes 29 de julio**

Lucio es mi nombre, antes lo he dicho; no es nombre de mi familia ni de ningún galán de la

época. Hay pocos Lucios famosos en el mundo: ...Séneca, por ejemplo. Ojalá hubiera tenido por afinidad en el nombre tan sólo algo de su fortaleza estoica. Otro..., mi tocayo cocinero de la Cava Baja, que no necesita siquiera mencionar su apellido para que se le reconozca y con el que he tenido ocasión de departir largamente. Una vez, en una sobremesa, con una delegación alemana a la que quise impresionar, llevándola a este lugar emblemático de Madrid, mientras tratábamos de acelerar la digestión de varias cazuelas de huevos rotos con una botella de orujo blanco, mi tocayo me ayudó a completar el agasajo con el relato del sínfin de personalidades que habían pasado por esa mesa. También el sublime pintor de espacios infinitos y figuras imposibles Lucio Muñoz, del que me precio tener una selecta colección de obra gráfica...

Me llamo Lucio, no como un famoso, ya que creo haber demostrado que hay pocos, no como el santo cuya hagiografía desconozco, me llamo Lucio en honor al pescado.

No es broma, mi madre estaba ayudando a mi padre en la pescadería el día en que decidí nacer, es más, estaba eviscerando una merluza cuando le dieron los primeros dolores. Mi padre despachó rápido a las clientas que ese día, sin dejar de exigir que se les acabara de poner

lo que habían pedido, al mismo tiempo atosigaban a mi madre con consejos ilustrados: "...pues yo con el segundo de mis hijos...", "...mi cuñada cuando tuvo la primera contracción...". Con la responsabilidad que en esos momentos inspira a los padres primerizos, bajó apresuradamente, de un golpe, la persiana metálica que atenazó cuatro o cinco colas de pescadilla que sobresalían del pretil del puesto y que quedaron con la apariencia de haber sido capturadas a la fuga. Acto seguido, llevó a mi madre en la furgoneta de reparto a una velocidad inusitada al hospital comarcal, donde a las pocas horas nació yo. Al menos esta es la escena que tantas veces he oído repetida de Doña Ernestina, después de que yo, con tan sólo doce años, asumiera oficialmente el papel de ayudante de mi padre o, como yo repetía muy ufano, de "aprendiz". La palabra aprendiz tenía en mí un influjo mágico, algo de esotérico que me llevaba a repetirla como si de un conjuro se tratara. En mi experiencia profesional la he llevado siempre dentro de mi "glosario oficial" a pesar de que mis colegas me recomendaban que usara unos eufemismos pseudo-técnicos como "trabajador en prácticas" o "ayudante de especialista" o "técnico en proceso de formación".

Mañana sigo...

*Sin comentarios*





### Miércoles 30 de julio

Volviendo a lo de mi nombre, creo que mi madre estaba tan enamorada de mi padre como de los peces que vendía. Le gustaban los ejemplares grandes, los rapes, las merluzas (en Villadelcampo eran siempre pescadillas grandes), las lubinas, los besugos que se vendían por encargo, los gallos y los lenguados de ración que traía mi padre para fechas señaladas. Mi madre los preparaba con precisión de cirujano y aconsejaba a sus clientas sobre los mejores trucos y recetas, despertando un nivel de atención y admiración en la audiencia que no he llegado a alcanzar en las presentaciones y conferencias que he llegado a dar por el mundo.

Se formaban corrillos alrededor del puesto por oír no sólo los consejos culinarios de una de las Gómez, sino también las normas de presentación y protocolo que impartía, con la seguridad de muchas generaciones de hidalguía en su sangre. Esta forma de ser o, mejor dicho, esta manera de comportarse y de tratar el producto y a la clientela hacían de la pescadería de mis padres la pescadería más especial que nunca he conocido.

En los otros puestos del pequeño mercado de abastos de Villadelcampo se oía el griterío cruzado de varias voces que luchaban de una parte a otra del mostrador para sobresalir en volumen y tono y hacerse inteligibles por encima de la algarabía del conjunto. Era llegar a la zona donde estaba el puesto de mis padres y una pared invisible parecía insonorizar el área. Tan sólo se sentía, como amortiguado por una sordina, un ligero rumor que suplantaba al vocerío del resto del mercado. En mi experiencia profesional no he conseguido nunca, ni utilizando las tecnologías más avanzadas, lograr esa mágica separación de espacios y olores.

Es verdad, en el mercado municipal de abastos de Villadelcampo, pueblo continental y meseta-

rio, acercarse a la pescadería de mis padres era entrar en comunicación con el mar. No era el olor del pescado, sino la brisa del mar lo que se percibía. En mi infancia, las carnicerías del mercado olían sólo a sangre, no olían ni evocaban a los rebaños de ovejas y cabras con que me cruzaba por el campo, de estos animales que dejaban su rastro de cuentas de azabache al pasar por la era donde jugábamos al fútbol al salir de la escuela. Tampoco me recordaban los puestos de carne al picor ácido de las chiquerías o de los establos, las carnicerías para mí no olían a los pastos ni al romero y tomillo que a veces pastaban los corderos, sólo a sangre seca. No me atraía tampoco el aroma de los puestos de hortelanos, era el mismo olor del río, de las huertas, de las bodegas, de las higueras a las que nos encaramábamos en verano para alcanzar la breva que asomaba de la rama más alta, era un olor cotidiano, el de una rutina que adormece la pituitaria, totalmente falto de novedad. Cuántas veces he evocado, sin embargo, con esas sensaciones olfativas mis paseos por el campo de mi niñez, cuántas veces han aparecido las imágenes de la infancia al entrar en el almacén donde había apiladas toneladas de pimientos en pallets de 20 cajas.

Mañana sigo...

*Sin comentarios*



### Jueves 31 de julio

Ayer no acabé de contar lo de mi nombre, el Lucio es un “pez del orden de los acantopterigios, semejante a la perca, de cerca de metro y medio de largo, cabeza apuntada, cuerpo comprimido, de color verdoso con rayas verticales pardas, aletas fuertes y cola triangular. Vive en los ríos y lagos, se alimenta de peces y batracios y su carne es grasa, blanca y muy estimada”. Siempre me han gustado las definiciones de la Real Academia porque son capaces de conjugar la precisión con la poesía. A veces, buscando la acepción de algún vocablo, me he recreado en la pá-



gina del diccionario, deleitándome con el esplendor de las distintas definiciones, con la sabiduría acumulada por la labor de pulimento y limpieza constante en que durante siglos se han empeñado las mayores autoridades de nuestra lengua; como relojeros obsesionados por llegar al equilibrio entre belleza y exactitud.

Obviamente mi padre no vendía lucios en su pescadería. El surtido que podía encontrarse en el mercado mayorista no incluía pescado de río y en los años 60, cuando yo nací, la industria acuicultora no había empezado su desarrollo. Y sin embargo mis padres acordaron llamarme Lucio en recuerdo del acantopterigio. Yo he creído que realmente fue el resultado de un pacto o un acuerdo entre ambos para no volver a introducir un nuevo desequilibrio entre las familias respectivas, tras haberse sanado las heridas o los resquemores que el matrimonio de mis padres había levantado entre mis abuelos. El haber escogido un nombre familiar para el primogénito podía haber movido nuevamente el fiel de la balanza. Además, es posible que fuera la forma elegida por mis padres para “consagrarme” a la fauna acuática para el resto de mis días.

De hecho, el comercio del pescado no era sólo el sustento económico de la familia, sino también su base afectiva e incluso espiritual. Gracias a que mis padres trabajaban ambos en la pescadería, tenían entre sí una complicidad muy especial que les diferenciaba del resto de

los padres de mis amigos. Habían aprendido a comunicarse con la mirada, con los gestos e incluso con los propios movimientos del cuerpo. Cuando aparecía un nuevo cliente, ambos se miraban de reojo y disfrutaban con los comentarios que podían deducirse de un simple arqueado de cejas o de una cadencia especial a la hora de preparar el pedido. Cuando llegaba Doña Ernestina, aquella que cada vez que me veía me recordaba la historia de mi nacimiento, mi madre empezaba a mover rápido las caderas y a limpiar lenguados (siempre llevaba cuarto y mitad) con un movimiento sincopado, como evocando el carácter rutinario y maquinal de la clientela; este cambio no pasaba inadvertido para mi padre que, conteniendo las carcajadas hacia fuera, era incapaz de dominar las sacudidas del diafragma en su abdomen.

El trabajo conjunto en el mercado les permitía conocerse y admirarse recíprocamente. La casi veneración que tenía mi padre por mi madre no pasaba inadvertida a los ojos de nadie. Ella le había ido transmitiendo, como por ósmosis, la delicadeza de movimientos, la templanza en la modulación de la voz y la elegancia en la forma y en el empleo del lenguaje, sin que por ello resultara afectado, cursi o artificial.

Resultaba paradójico que la ausencia de la rudeza que caracterizaba a la mayoría de los varones de Villadelcampo hiciera a mi padre incluso más varonil, ya que su hombría no parecía necesitar de ese tipo de artificios. Su presencia en la



pescadería, elevándose 30 centímetros por encima del público, despertaba en las villacampinas, las mismas sensaciones de deseo, admiración y reverencia que suscitaban los galanes cinematográficos de la época. “Se parece a Alfredo Mayo”, decían unas; “es igualito que Vitorio Gassman”, se oía decir a otras. En ningún caso percibí que esos sentimientos que inspiraba mi padre provocaran sin embargo envidia o celos a mi madre, cosa que podía entenderse de lo más natural en un pueblo como el nuestro.

Mañana sigo...

*Sin comentarios*



## Viernes 1 de agosto

Parece que nadie ha leído todavía mi blog o es que no resulta interesante. Estoy dándome cuenta de que no me importa demasiado.

Sigo con lo de mi nombre, Lucio. No conozco a nadie a quien haya influido tanto un nombre en su personalidad como a mí. Es un nombre vinculado a un hombre, una historia y destino. Hasta que mis compañeros de la escuela me desengañaron y me demostraron con un ejemplo práctico el milagro de la meiosis y la mitosis celular—creo voy a omitir en el blog el ejemplo—, vivía convencido que yo también era un fruto del mar.

Como todos los niños pequeños, a mi madre le preguntaba de dónde venía yo y ella me contaba cada vez la historia de mi aparición, con expresiones de gran emoción y sorpresa que me excitaban y me hacían gritar de alegría. Mi padre había ido una tarde de pesca a un embalse cercano, había tenido éxito y traía como trofeo un bello ejemplar de lucio, el más grande que jamás había pescado. Al abrir el pez en la cocina para prepararlo, me encontraron a mí dentro, como un pequeño tesoro escondido, y por eso decidieron llamarme Lucio. Esta historia tan trivial, seguramente inventada para evitar contarme la verdad biológica, me marcó profundamente hasta el punto de que siempre vivía en la esperanza de que apareciera un nuevo hermano en alguno de los muchos pescados que mis padres limpiaban en el puesto del mercado. Desde muy pequeño me acercaba a la pescadería, atraído por la posibilidad de asistir en directo a un nuevo descubrimiento, y observaba concentrado los movimientos del cuchillo sobre los lomos y vientres plateados de los pescados más grandes. Me sentía identificado con el soldadito de plomo de Andersen que, impulsado por el destino, había llegado por fin al hogar que le correspondía.

Esta historia había arraigado en lo más profundo de mi conciencia infantil, llevándome a una

especie de comunión simbiótica con los productos de la pesca, de manera que con muy pocos años era capaz de distinguir no sólo las distintas especies que se vendían en la pescadería, sino también apreciar sus calidades y conocer las temporadas de capturas. Con doce años, cuando asumí oficialmente el papel de aprendiz, ya sabía más del oficio que muchos profesionales expertos.

Mañana sigo...

*Sin comentarios*



### **Sábado 2 de agosto**

Aun antes de ser investido como aprendiz, me gustaba ya acompañar en la época de vacaciones escolares a mi padre al mercado central. Recuerdo con emoción la sensación de madrugar, levantándome siendo aún de noche y dirigirme sigilosamente con mi padre al lugar donde tenía aparcada la furgoneta. Nuestros pasos se oían retumbar en la calle desierta. Todas las puertas de las casas estaban cerradas y nosotros éramos las únicas personas conscientes en un pueblo que estaba sumido en un profundo sueño. Especialmente en los días de invierno, experimentaba además –contraído por el frío a pesar de la abundante ropa de abrigo que mi madre me obligaba a llevar– un sentimiento de heroicidad, ya que gracias a mi esfuerzo los villacampinos podrían disfrutar a las pocas horas de los frutos recién salidos del mar. Antes de llegar al mercado central, que distaba unos 40 kilómetros de Villadelcampo, mi padre había adquirido la costumbre de parar en una gasolinera cercana, con el típico bar de carretera. Acodados ambos en la barra notábamos cómo la taza de café con leche caliente y la tostada con aceite y tomate, a medida que entraban en nuestro cuerpo, se iban metabolizando rápidamente y nos ayudaban a salir poco a poco de la fase de semiletargo en que nos encontrábamos. Sólo entonces empezábamos a pronunciar las primeras palabras ya que, hasta ese momento,

tanto mi padre como yo habíamos actuado de una forma automática y maquinal que no nos exigía ningún tipo de comunicación.

Montados de nuevo en la furgoneta camino del mercado central, mi padre y yo empezábamos a hacer la planificación de las compras, a contrastar nuestros puntos de vista respecto de qué y cómo se podía comprar y vender mejor. Los consejos de mi padre al respecto eran lecciones magistrales que yo absorbía y recordaba con tal grado de detalle que incluso era capaz de apreciar algunas pequeñas contradicciones y me atrevía a decirle: "...pues el año pasado por estas fechas no me dijiste lo mismo...".

La experiencia en la lonja mayorista, las conversaciones con los asentadores y la forma de negociar, combinando la confianza y la afabilidad en el trato personal con el establecimiento de límites claros en los temas críticos del negocio, la sensación de ver a mi padre combinar y desplegar todas sus habilidades para obtener el mejor producto al mejor precio y, al mismo tiempo, ser capaz de transigir ocasionalmente en asuntos menores para nosotros, pero más importantes para nuestro proveedor, me ayudaron a adoptar un carácter o actitud especial en mi forma de actuar en el mundo de los negocios que siempre me ha sido de gran utilidad. De hecho, con apenas 14 años ya tenía "descentralizadas" las facultades de negociación para determinados productos.

La vuelta a Villadelcampo, con la sensación de haber hecho una buena compra y con la ilusión de poder colocarla bien a nuestros clientes, nos daba ocasión para hablar largo y tendido de las preferencias de nuestros clientes, de los márgenes de ventas, de las formas de optimizar las compras, del diseño de los surtidos; en fin, de lo que se supone debe ser el contenido de un curso de marketing aplicado.

Mañana sigo...

*Sin comentarios*



### Lunes 4 de agosto

Ayer no escribí, fui de excursión. Sigo con mi relato.

Siendo niño y también de adolescente, me resultaba muy difícil centrarme en los estudios. Los profesores del colegio público de Villadelcampo decían de mí que tenía grandes capacidades pero desaprovechadas, que hacía el mínimo de los esfuerzos y, aunque aprobaba sobradamente todas las asignaturas con poco tiempo de dedicación, podía sacar mucho mejores resultados. Para ser sincero, creo que llevaban toda la razón, aunque yo siempre tratara de contraargumentarles a mis padres con toda serie de recursos dialécticos. Lo cierto es que pocas asignaturas me interesaban, salvo aquellas que directa o indirectamente podían tener algo de aplicación práctica a mi verdadera pasión: el negocio del pescado. Tras la finalización de las clases, por las tardes, compartía por lo demás el resto de las inquietudes de mis compañeros en cuanto a juegos y diversiones se refiere, porque en Villadelcampo había tiempo para todo.

Las recomendaciones pedagógicas del director de colegio llevaron a mis padres a decidir llevarme interno con 16 años a un colegio religioso en la capital de la provincia para consolidar mi formación; se suponía que eso me ayudaría a centrarme en mis estudios. En parte fue cierto, ya no tenía la obsesión de preguntar todos los días sobre las novedades de la pescadería y la convivencia con otros exiliados como yo me hacía apreciar los aspectos más afectivos de la vida familiar. En este momento pude comprender que mi condición de aprendiz no iba a llevarme a relevar a mi padre al frente de la pescadería.

Con este proceso de “despresurización” me resultó menos traumático de lo que inicialmente creía el pasar de bachiller a universitario y de vivir en la capital de la provincia a malvivir en la

capital del Reino. Porque, efectivamente, mi asignación mensual apenas cubría los gastos de un tren de vida universitario, ya que tan sólo los gastos de transporte desde el colegio mayor a la facultad agotaban la mitad de mi presupuesto. Mi inquietud por las ciencias y la naturaleza me permitió asumir sin esfuerzo el primer curso de ciencias biológicas y me animé, a partir de segundo curso, a complementar mi formación con los estudios universitarios de ciencias empresariales; a partir de aquí tenía cubierto el cupo de horas que materialmente podía disponer. Aprovechaba el tiempo al máximo contando con que la recompensa sería tres meses de libre administración en Villadelcampo.

Mañana sigo...

*Sin comentarios*



### Martes 5 de agosto

Recuerdo las vacaciones de verano en Villadelcampo, eternas, fascinantes... Cada año era distinto del otro porque surgían circunstancias irrepetibles, un nuevo amigo, un nuevo amor, un nuevo desafío, un suceso especial... Todos los elementos aparecen en mi memoria entrelazados entre sí: las vacaciones del 81, por ejemplo, fueron las vacaciones de mi primera relación con Emilia (una Gómez de toda la vida), en las que me atreví a torear la vaquilla, la de las largas noches en la discoteca de verano con la música de Phil Collins de fondo..., de manera que cuando oigo por azar la voz del ex baterista de Génesis todos los recuerdos se me agolpan de una vez: el olor y el tacto de Emilia, la sensación de subida de adrenalina en la plaza de toros, mis movimientos bailando alocado en la pista...

Tan sólo había un nexo de unión entre todos los veranos, el placer de volver a disfrutar de la compañía de mis padres, a los que notaba envejecer de año en año, y el renacimiento de mis ilusiones infantiles acompañando durante esos



tres meses a mi padre al mercado mayorista y ayudándole en la pescadería. ¿Qué? ¿Ha venido vuestro universitario a ayudaros este verano?, comentaban los clientes. Mi padre contestaba muy ufano, pero yo sentía que ya no estaba más que de invitado en el negocio paterno.

De aquí en adelante todo fue una sucesión de acontecimientos que, como decía mi abuelo, llegaron uno tras otro como el agua de los canjilones de la noria. Mi periodo de prácticas en una cadena de supermercados, mi contratación por una importante multinacional de distribución, los viajes al extranjero, el conocer a Mercedes, nuestro matrimonio, mi ascenso a responsable máximo de compras y calidad, los hijos... No tuve tiempo de mirarme a mí mismo con la perspectiva temporal y espacial que siempre resulta necesaria.

Mañana sigo...

*Sin comentarios*

### Miércoles 6 de agosto

Me alegro de haber escogido un portal para colgar mi blog que tenga tan poca audiencia. Posiblemente me habría distraído en la narración de mi autobiografía si hubiera tenido que atender a comentarios. Siempre he encontrado algo ridículo lo de escribir un diario, me parecía algo propio de adolescentes indecisos e inmaduros y no de personas que, como yo, piensan que todo se puede racionalizar.

Estoy escribiendo sobre mi portátil, al que estoy esclavizado desde hace años, con el teléfono móvil en el bolsillo, con la sensación gongoriana de estar amarrado al duro banco de la galera, pero estoy aquí, en Villadelcampo, es verano, me he tomado el primer mes seguido de vacaciones desde hace ya tantos años que no recuerdo y, sin embargo, esta situación me está provocando una angustia vital que hasta ahora

no había sentido. Es la primera vez que tengo necesidad de gritar.

Ha sido muy difícil convencer a Mercedes, quien siempre me ha apoyado en todo, para que pasáramos aquí las vacaciones. Los niños se habían resistido mucho al principio, querían que nos fuéramos a la playa o de viaje, pero en los diez días que llevamos aquí han cambiado por completo, han descubierto un ámbito de libertad del que nunca habían disfrutado, están reviviendo mis sensaciones de niño y creo que se han olvidado del todo de la alternativa costera. No sucede así con Mercedes a la que, a pesar de su buena cara, veo resignada y conforme pero carente de la alegría y de la ilusión que siempre irradia y que me hizo enamorarme de ella.

Yo tengo una gran tristeza, veo a mis padres trabajando con una edad en la que tendrían que estar rentabilizando su esfuerzo de años con otras actividades. Quiero ayudarles en el puesto pero ya no se dejan, quizás porque me ven demasiado importante para el trabajo, aunque ellos no saben que en mi fuero interno me cambiaría por ellos automáticamente.

Me gustaría poder vivir junto a Mercedes y mis hijos una vida tan plena como la de ellos, una comunión de amor y trabajo, una vocación de servicio a la comunidad con el contacto directo con las personas, siempre las mismas... Mercedes se merecería una vida como ésta en vez de tener que compartir nuestra familia con los escasos momentos de ocio, con los viajes, con los compromisos sociales y laborales que nos han ido distanciando poco a poco.

Mañana sigo...

Hay 1 comentario

Enviado por:  
Mercedes, 6 de agosto

*Querido Lucio; creo que he sido tu primera lectora. Llevaba varios días observándote, viendo cómo rutinariamente te acercabas al ordenador, todos los días, menos el domingo pasado cuando fuimos de excursión al embalse y contaste a los niños esa historia tan maravillosa de tu nacimiento en el vientre de un pez. Sobre todo Merceditas se quedó entusiasmada. Con lo que le gustan las historias de príncipes y hadas, no se esperaba que su padre, siempre tan serio y preocupado, pudiera ser protagonista de un cuento tan mágico.*

*Yo creía que te seguían molestando como siempre todos los días con problemas de trabajo y por eso estaba algo enfadada, aunque no me atrevía a decírtelo para no agobiarte aún más. No podía imaginar que estabas escribiendo un blog y me he emocionado al leer las cosas tan bonitas que has dicho.*

*Me enamoré de ti un día y sigo enamorada porque, aunque nunca quisiste contarme tu historia del pez, siempre he estado convencida de que tenías algo mágico.*

*Yo también quiero y admiro a tus padres, respeto su trabajo e incluso a veces les envidio. Pero creo que nosotros también hemos llegado algunas veces a ese nivel de comunión personal al que te refieres.*

*Te acompañaré a donde tú quieras, siempre estaré contigo. Si quieres cambiar de vida y volver a tus raíces, quedándote con la pescadería de tus padres, no pienses que me va a molestar. Tenemos suficiente dinero ahorrado a fuerza de no tener tiempo de gastarlo.*

*No me importaría trabajar contigo en la pescadería, aunque no sepa cómo se hace ni conozca a la gente de Villadelcampo.*

*Tendremos todo el tiempo del mundo para que me sigas contando tus sentimientos y vivencias.*

*Piénsatelo, es nuestra vida, es tu destino de pez.*

